

843.  
L.

P02623

E 6

E 8

PROPIEDAD

Derechos reservados.

—  
Copyright 1917

by CASA EDITORIAL CALLEJA



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Imprenta de "Alrededor del Mundo", Martín de los Heros, 65.

## LIBRO PRIMERO

A PENAS entró el buque en la rada del Callao, cuando, aun antes de echar el ancla, fué invadido por una multitud de boteros vocingleros y tiránicos. Las escalas, las cámaras, los salones, se llenaron en un segundo de esta caterva de tunantes matriculados, como nuestros mandaderos, que tenían la pretensión de llevarse a todos los pasajeros. El tío Francisco Gaspar Ozoux (del Instituto de Francia, Academia de Inscripciones y Bellas Letras), sentado encima de sus baúles, en los que tenía perfectamente guardados todos sus documentos y los objetos gratos a su erudición, se defendió como un héroe.

En vano le dijeron que pasarían más de dos horas antes de que el vapor pudiera ser remolcado hasta el muelle de la Dársena; abrazóse a sus tesoros jurando que por nada del mundo se separaría de ellos... En cuanto a permitir a aquellos demonios que depositasen en sus frágiles esquifes un equipaje tan precioso, era una idea que no se le podía ocurrir decentemente. La emitió un

mocetón que no debía tener nada de tímido, porque no manifestó el menor terror ante la cólera que desencadenó "illico" en el irascible anciano tan audaz proposición. Raimundo Ozoux encogió tranquilamente los hombros, que hubiese envidiado un atleta, y decidió dejar a su tío en el barco para que se las arreglase allí como pudiera. El, por su parte, tenía demasiado afán por llegar cuanto antes para no saltar a un bote que, a una orden suya, se alejó a fuerza de remos hacia la orilla.

Con el corazón palpitante, Raimundo veía aproximarse poco a poco el país fabuloso, el "Eldorado" de su juvenil ambición, la tierra del oro y de las leyendas, el Perú de Pizarro y de los Incas... y de otra persona también, por lo menos para él, para Raimundo Ozoux, cuyo corazón palpitaba...

No le desilusionó el aspecto monótono de la costa. Poco le importaba que la ciudad fea, vulgar, se extendiese al nivel del mar, y que no irguiese, por sobre las olas, esas torres, esos campanarios, esos minaretes con los cuales las ciudades antiguas dan desde lejos la bienvenida a los viajeros. Cuando dejó atrás la escollera, no prestó la menor atención a las obras modernas del "Muelle de la Dársena", que hubiera podido reducir a un ingeniero recién salido de la Central... Nada de esto parecía interesarle...

## LA LLEGADA DE UN PRETENDIENTE

A ruego suyo, el botero le indicó, aproximadamente, el lugar de la ciudad en donde se encontraba la calle de Lima, y la mirada del joven no volvió a apartarse de aquel punto. Cuando desembarcó, después de haber arrojado algunos centavos al marinero, rechazó brutalmente el asalto de guías, intérpretes, mozos de hotel y demás parásitos, para correr en la dirección indicada. Pronto llegó a la calle de Lima, que parecía ser la línea divisoria entre la ciudad antigua y la moderna. En la parte de arriba, al Este, habíase agrupado el alto comercio, con sus vastos edificios, sus calles anchas y rectas, sus tiendas francesas, inglesas, italianas, alemanas y españolas, que se suceden sin interrupción. En la parte de abajo encontrábase el laberinto de las callejuelas angostas y pintorescas, los porches, las galerías que avanzan las unas hacia las otras, ocupando casi todo el espacio disponible. Raimundo penetró en este laberinto, sufriendo empujones de los chi-

nos, ágiles portadores de pesados bultos. Algunos "ranchos", algunas tabernas frecuentadas por marineros, abrían sus puertas a la grata sombra de aquellas calles que el joven, que jamás había estado en el Callao, parecía conocer perfectamente. Apenas vaciló en una encrucijada un poco complicada. De pronto se detuvo en seco y se apoyó, algo pálido, en la caduca pared de un viejo caserón, cuyas ventanas entreabiertas dejaban llegar hasta él una voz femenina, juvenil, muy musical, pero al mismo tiempo muy firme, que decía en español a un interlocutor invisible:

—Como usted quiera, caballero; pero lo que es a ese precio, no encontrará usted más que guano fosfatado, que sólo tendrá el cuatro por ciento de ázoe, y para eso...

La discusión se prolongó en el interior de la casa durante algunos minutos, y luego hubo un cambio de cumplimientos; oyóse una puerta que se cerraba... y Raimundo, cada vez más emocionado, dió algunos pasos en dirección a la galería y adelantó la cabeza. Entonces pudo ver a una joven de una belleza singular, pero de expresión algo severa, si bien la ocupación que en aquel instante absorbía toda su atención, y que consistía en consultar unos enormes libros y en escribir rápidamente algunas cifras en un cuadernito con un precioso lapicero suspendido del talle más airoso del mundo por una cadena de oro, si bien esta ocupación, repetimos, debía influir algún tanto en el fruncimiento de las cejas, en la acentua-

ción de las arrugas de la frente y en la dureza momentánea del perfil. Aquella mujer no tenía la languidez criolla, ni tampoco ninguno de los rasgos característicos de la belleza española, salvo sus hermosos cabellos negros. Era la cabellera de Carmen en la cabeza de Minerva, de una Minerva de ojos azules, diosa de la sabiduría y excelente tenedora de libros. Al fin levantó la cabeza.

—¡María Teresa!

—¡Raimundo!

Dejó caer a sus pies con espantoso estrépito un voluminoso Diario verde y corrió á la ventana. Ya Raimundo cubría de besos sus manos. Y ella reía, reía... reía de felicidad al verle tan alto, tan apuesto, tan fuerte, con su hermosa barba rubia que le asemejaba a un mago de Asiria.

—¿Qué tal te va con el guano?

—No me va mal; ¿y tú?...; pero no os espreábamos hasta mañana.

—Hemos llegado con un día de adelanto.

—¿Cómo está Juanita?

—¡Oh! mi hermana es toda una señora; acaba de tener un segundo rorro.

—¿Y París?

—¡Cuando salimos de él, llovía!...

—¿Y el Sagrado Corazón?

—Como puedes comprender, no hemos vuelto desde que tú...

—¿Según parece van a venderlo?

—¡Ay; que no sea yo lo bastante rico para comprarlo!... Si por lo menos me permitiesen re-

servarme el salón..., el rinconcito en donde Juanita y yo nos sentábamos a esperarte...

—Pero, ahora que me acuerdo: ¿y tu tío? ¿qué has hecho de él?

—¡Sigue a bordo! No quiere separarse de su colección... Continúa tomando notas con el celo de un académico que acaba de descubrir América... Pero, ¿en dónde está la puerta, Dios mío, en dónde está la puerta?... No me atrevo a entrar en tu oficina por la ventana... Y, además, te molestaré...

—¡Enormemente! Da la vuelta a la esquina, la primera puerta a la derecha... y llama antes de entrar...

El joven se precipitó, encontró un zaguán a su derecha, que daba a un inmenso patio en el que se agitaba, en medio de cierta efervescencia, todo un pueblo de "colies" chinos y de indios quichuas. Por el zaguán pasaban chirriando los camiones procedentes del puerto; algunos carros salían de vacío. Había una gran confusión de personas y de cosas en medio de una polvareda que ahogaba. Entusiasmado, el ingeniero murmuró: "¡Ella es quien dirige todo esto!" Y la encontró esperándole con alegre sonrisa en el dintel de su despacho.

Fué ella quien cerró la puerta. Le ofreció la frente.

—¡Bésame!

El joven la besó, temblando, en el pelo. Era la primera vez. María Teresa estaba mucho menos turbada que él. Y como el joven permaneciera de

pie, con los brazos caídos, contemplándola en éxtasis, como un bobalicón, sin acertar a pronunciar una palabra, fué ella la que dijo:

—¿Me quieres?

—¡Ah!—suspiró el mozo, cruzando sus manos de boxeador.

—¿Y por qué no me lo has dicho antes?

—¿Es demasiado tarde?—exclamó el pobre Raimundo con acento de desesperación.

—No, tranquilízate. Acabo de enviar a paseo a mi cuarto pretendiente, don Alonso de Cuéllar, el mejor partido de Lima, querido Raimundo. Mi padre está furioso. Y, a propósito de mi padre, no me has preguntado por él...

—¡Oh, perdóname!... sí, sí; no te he preguntado por tu padre y por los niños... ¡No sé... no sé lo que digo!... ¡Te estoy contemplando hecho un tonto!...

—Mi padre está muy bien. Se alegra mucho de tu llegada, sobre todo de la de tu tío, porque tú, Raimundo, sólo vienes de acompañante. Sí. Se alegra mucho de dar hospitalidad a un miembro de la Academia. Desde hace un mes no habla más que de este acontecimiento en su Círculo y en la Sociedad de Geografía, de la que acaban de nombrarle secretario. ¡Oh! papá se ocupa mucho, mucho de arqueología... En todas partes hace abrir hoyos para encontrar los huesos de nuestros antepasados... ¡Se entretiene! ¡Nos entretiene!... Nunca se ha sentido más joven ni más alegre... Cuando le conozcas mejor le querrás mucho.

—Por lo pronto dices que está furioso...

—¡Y con motivo!... ¿No tengo edad de casarme?... ¡Pronto cumpliré veintitrés años!... ¡Sí, señor!... Y ya me ha presentado cuatro pretendientes jóvenes, guapos y ricos, a los que yo he mandado a paseo... ¿Sabes cómo me llaman en Lima? “La Virgen del Sol”.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Mi tía Inés y la anciana Irene, que se saben de memoria todas las leyendas de este país, te lo explicarán mejor que yo. Según parece, es algo semejante a la antigua Vestal.

—María Teresa, tu noble padre, el marqués Cristóbal de la Torre jamás aceptará por yerno a Raimundo Ozoux.

—¡No digas tonterías! Mi padre hará lo que yo quiera. Deja que yo elija el momento oportuno para confesarle todo, y no te preocupes más; eso es lo único que te pido. Nuestros amores no tendrán nada de novelescos, y dentro de tres meses nos casaremos muy prosaicamente en Santo Domingo, yo te lo aseguro.

—¡Pero si yo no tengo un céntimo!...

—¡Tienes salud, nos queremos y yo te doy todo el Perú!... Aquí, un ingeniero tiene en qué ocuparse, ¿sabes? Ya verás; ya he pensado en tus futuros trabajos. Iremos juntos a Cuzco...

—¡María Teresa!... ¡María Teresa, cuánto te quiero y cuán feliz soy al decírtelo!... ¿Por qué no hablamos de esto en París?

—Porque no lo sabíamos... Vivimos juntos, viéndonos todos los días... nos creemos buenos amigos, buenos camaradas... y luego nos separa-

mos... y la distancia... la distancia y la ausencia nos hacen comprender que nos queremos...

—¡Oh!, yo lo sabía antes, María Teresa...

—Sí, pero yo he sido la primera en decírtelo...

Se estrecharon las manos y permanecieron así algunos instantes, en silencio...

De pronto oyóse en el patio gran algarabía y casi inmediatamente abrióse la puerta, empujada por uno de los empleados, que parecía enloquecido. Pero al ver a un extraño se detuvo y no dijo una palabra. María Teresa le mandó hablar. Raimundo entendía perfectamente y hasta hablaba el español. Por ello se enteró de la desgracia que afligía a la casa.

—Los indios han venido de las islas. Ha habido un combate entre los indios y los chinos. Ha resultado un “colí” muerto y tres gravemente heridos.

María Teresa no manifestó ninguna emoción. Preguntó con entonación seca y dura:

—¿En dónde ha sucedido eso?... ¿en las islas del Norte?

—No, en Chincha.

—¿No estaba allí Huáscar?

—¡Huáscar estaba allí! Ha vuelto con ellos. Aquí está...

—¡Que entre!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALEJANDRO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

EN EL QUE EL INDIO HUÁSCAR ENTRA EN ESCENA

SALIÓ el empleado, hizo una seña, y un arrogante indio penetró en el despacho. Por muy serena que María Teresa quisiera mostrarse, el recién llegado estaba todavía más sereno que ella. La joven se sentó ante su mesa. El indio se dirigió tranquilamente hacia ella, quitándose con noble ademán su enorme sombrero de paja. Era un indio de Trujillo, es decir, del país en el que se encuentran los indios más guapos, más altos y más robustos, y en el que todos tienen la pretensión de descender del mismísimo Manco-Capac, el primer rey de los incas. Sus hermosos cabellos negros caían hasta sus hombros, encuadrando un perfil de medalla de cobre rojo. Sus ojos, que no se apartaban de María Teresa, tenían una dulzura extraña que desde el primer momento desagradó a Raimundo. Llevaba sobre los hombros una especie de capote de colores vivos llamado "poncho". Y pendiente del cinturón, en su vaina, un cuchillo.

—Cuéntame cómo ha pasado todo—dijo severamente María Teresa sin responder al saludo del indio.

Este, no obstante su sangre fría, manifestó alguna emoción al verse recibido de aquella manera delante de un extraño, y comenzó a hablar en quichúa. Pero inmediatamente la joven le rogó que hablase en español, indicándole, cada vez más secamente, que en la buena sociedad no se acostumbra a hablar delante de una tercera persona en idioma que ésta no entienda. Al recibir la lección, el indio frunció el ceño y miró un instante a Raimundo con expresión de desprecio.

—¡Espero!—dijo María Teresa—. ¡Tus indios me han asesinado a un chino!...

—El repugnante hijo de Occidente se reía de nuestros indios porque dispararon cohetes en honor del cuarto de luna.

—Yo no pago a tus indios para que se pasen la vida disparando cohetes.

—Era la fiesta del cuarto de luna.

—Sí, el cuarto... y la luna llena, y el sol, y las estrellas, y además todas las fiestas católicas. Tus indios siempre están de fiesta. Perezosos y botrachos, sólo los soportaba porque eran tus amigos; pero ahora que me matan mis más útiles servidores, ¿qué quieres que haga?

—¡Los repugnantes hijos de Occidente no son tus servidores! ¡No te aman!...

—Trabajan.

—Por una miseria... No tienen dignidad. ¡Son hijos de perros!

—Me sirven bien, y a los tuyos sólo les doy trabajo por compasión.

—¡Por compasión!

El indio repitió el vocablo como si lo escupiera. Su puño, levantando el poncho, se alzó por encima de su cabeza, en un gesto de amenaza y de desesperación, y luego volvió a caer. Encaminóse hacia la puerta, pero antes de abrirse volvió. Y desde allí dirigió a María Teresa breves frases en quichúa. Mientras hablaba, sus ojos parecían lanzar llamas. Por último, se embozó en su poncho y salió.

La joven no había cesado de jugar maquinalmente con su lápiz.

—¡Buen viaje!—exclamó.

—¿Qué te ha dicho?

—Que se marcha y que no le volveré a ver.

—¡Tiene un aspecto terrible!

—Se da mucha importancia. Me tiene harta. Es muy leal. Según me ha dicho, ha hecho todo lo posible por evitar la desgracia que acaba de ocurrir. Pero su gente es inaguantable. ¡Ah, esos indios, qué calamidad! ¡Un orgullo!... y no sirven para nada; de hoy en adelante sólo daré trabajo a los chinos...

—¡Vas a atraerte su odio, ten cuidado!

—¿Qué quieres que haga? Conservaba en mi casa a los indios de Huáscar, sabiendo perfectamente que no podía contar con su trabajo... pero me servían como de salvaguardia. ¡Y ahora me matan mis "colies"! ¡Que se vayan a otra parte a que los ahorquen!

—¿Y Huáscar?

—Que haga lo que quiera. Se ha criado en la casa. Adoraba a mi madre.

—Sentirá marcharse.

—¡Sí!

—¿Y no haces nada para impedirlo?

—¡No!... Pero oye, nos hemos olvidado de tu tío.

Llamó.

—¡El auto!—ordenó al criado...—¡Ah! ¿y los indios?

—Acaban de marcharse con Huáscar.

—¿Todos?

—Todos.

—¿Sin escandalizar, sin murmurar?

—Sin decir una palabra.

—¿No se han pasado por la caja?

—No... ¡Huáscar se lo había prohibido!

—¿Y los "coñes" de las islas?

—¡Oh! no han parecido por aquí...

—Pero, ¿y los heridos?... ¿y el muerto?... ¿qué han hecho de ellos?

—Los chinos se los han llevado a su barrio.

—¡Raza admirable!... ¡Pronto, el auto!

Se puso una gorrita coquetona y apresuradamente se calzó los guantes. Fué ella quien empuñó el volante.

Bajaron a toda velocidad hacia el muelle de la Dársena. El joven admiraba la habilidad con que evitaba todos los obstáculos, el aplomo con que guiaba, la precisión de sus menores movimientos en un barrio en el que todo eran sorpresas. Un "boy" de librea, acurrucado en el estribo, no manifestaba ningún terror cuando pasaban rozando las paredes.

—¿Sales mucho en automóvil en el Perú?

—¡No!... las calles no se prestan. El automóvil me sirve, sobre todo, en mis viajes cotidianos del Callao a Lima, adonde me voy todas las noches, como es natural. También lo empleo en algunos paseos a orillas del mar, para ir a los puertos de moda, a Ancon o a Corillos. ¡Un segundo, querido Raimundo!...

Había parado dulcemente y dirigía con la mano, un gracioso saludo a una carita afeminada, sonrosada y rodeada de rizos, que sonreía en una ventana, entre dos jarrones con flores. Hizo una seña y la cabeza desapareció para reaparecer de nuevo sobre los hombros de un gallardo anciano, que ostentaba un suntuoso uniforme y asomaba por una puerta baja, tras de la cual permanecía medio escondido. María Teresa saltó al suelo y confió rápidamente un secreto a la ensortijada cabecita; después volvió a ocupar su sitio en el auto junto a Raimundo, tocó la bocina y continuó su camino.

—Acabas de ver—dijo—al "señor inspector superior" el jefe de la policía de aquí. Le he contado lo que ha ocurrido. Todo se arreglará perfectamente si los chinos no se quejan. He pasado por aquí porque tenía la seguridad de encontrarle.

—¿En dónde estaba?

—En casa de Jenny la obrera. ¡Estamos en el país del amor, querido Raimundo!

Llegaron a tiempo al muelle. El remolcador entraba en el puerto llevando tras sí el "paquebot"

de la "Steam Pacific Navigation Company", en donde el tío Francisco seguiría seguramente tomando notas: "Al entrar en el puerto del Callao llama nuestra atención, etc., etc..." Debía enviar sus crónicas a un importante periódico de la noche. Le hubiese convenido oír hablar a María Teresa de "su puerto" con entusiasmo. Sesenta millones llevaba gastados una Compañía francesa...; las mercancías pasaban directamente desde el puente de los barcos a los vagones del ferrocarril... 51.500 metros. Sí, señor, un puerto de más de cincuenta mil metros cuadrados... ¡Ah, cuánto amaba al muelle de la Dársena!... le amaba por la actividad de su comercio, por el movimiento de sus barcos, por la vida de sus muelles en los que, dentro de algunos años, cuando estuviera terminado el canal de Panamá, se embarcarían tantas riquezas... ¡Sería el renacimiento del Perú!... ¡La derrota de Chile!... ¡La venganza del desastre de 1878!... ¡Y San Francisco haría con ir tirando!

Raimundo la oía con estupor citar cifras como un ingeniero, calcular beneficios como un armador. Qué cabecita tan admirablemente organizada para agrardarle a él, que en hombres como en mujeres aborrecía la imaginación, de la que, por lo demás, le habría disgustado profundamente la literatura difusa de su tío y las quiméricas hipótesis sobre las que seguía urdiendo una Historia Universal verdaderamente soporífera.

—Todo esto sería muy hermoso—añadió la joven frunciendo el ceño—si no hicieran majade-

rías. ¡Pero ya empiezan otra vez con las majaderías de siempre!...

—¿Cuáles?...

—¡Las revoluciones!

Se habían apeado en el muelle y esperaban a que atracase el vapor.

—¡Ah, también aquí!—dijo Raimundo—. Hemos presenciado una en Venezuela y otra en Guayaquil. La ciudad estaba en estado de sitio. No sé qué general que reinaba allí como señor y dueño desde hacía veinticuatro horas, se disponía a dirigirse a Quito, donde estaba bloqueado el Gobierno.

—Sí, es una especie de epidemia—observó la joven—, una epidemia que se extiende por los Andes. También en Bolivia se observa cierta agitación. Hay malas noticias del lago de Titicaca.

—¡Ah, pues no voy a poder hacer nada en Cuzco!—exclamó Raimundo, a quien parecía interesar vivamente lo que ocurría.

—Sí, no quería decírtelo... Te reservaba la noticia para mañana...; hoy todo debía ser alegría; pero los alrededores de Cuzco están en poder de los partidarios de García...

—¿Quién es García?

—Un antiguo pretendiente mío.

—Pero, por lo visto, todo el mundo te ha hecho el amor, María Teresa...

—Me han fastidiado más... ¡Ah, cuando llegué de París, figúrate, de París!..., en el primer baile de la presidencia, al que asistí después del luto de mamá, se me declararon todos... ¡Son inso-

portables estos muchachos! Ese García, que acaba de sublevar á los indios de los alrededores de Arequipa y de Cuzco, es terrible... ¡Quiere reemplazar a nuestro presidente...! Pero Veintemilla no lo consentirá.

—¿Han enviado tropas contra él?

—Sí, los dos ejércitos están en Cuzco... pero no se batan, como es natural.

—¿Pues a qué esperan?

—Según dicen, a que pase la fiesta del "Intaraymi".

—¿Qué fiesta es esa?

—La fiesta del Sol, que celebran los quichúas. ¡Esos indios, qué gente!... Figúrate que las tres cuartas partes de los ejércitos, presidencial y revolucionario, son indios sencillamente. ., de modo que, amigos y enemigos, esperan la fiesta para emborracharse juntos. ¡Oh! es de prever que García acabará por retirarse a Bolivia, pero entretanto no se venderá guano durante estos tres meses... ¡Y yo resultaré perjudicada!... ¡Hola, monsieur Ozoux! ¿Ha sido buena la travesía?...

Se dirigía a Francisco Gaspar, que desde la "chupeta" agitaba su librito de memorias para saludarla, como hubiera podido hacer con un pañuelo. Atracó el "steamer" y tendieron las pasarelas. Los jóvenes subieron a bordo. María Teresa abrazó con alegría al anciano que tan paternamente le había servido de banquero durante su estancia en París. Y, lo mismo que su sobrino, lo primero que Francisco le preguntó fué:

—¿Qué tal le va con el guano?

PORQUE los Ozoux, que la habían conocido tan joven, tan risueña, tan "niña", aún no "habían salido del asombro" que les causó la repentina resolución que tomó la joven, a la muerte de su madre, de regresar inmediatamente al Perú para dirigir una de las más importantes explotaciones de un abono natural que tiende a desaparecer de esas islas maravillosas, productoras, durante largo tiempo, del mejor guano del mundo.

Pero María Teresa no podía olvidar que en el Perú tenía una hermana y un hermano de corta edad, Isabel y Cristóbal, y conocía a su padre, que era aún más niño que ellos tres y que no sabía hacer más que gastar a lo gran señor, en sus viajes a París, todo el dinero que había ganado su madre.

Esta, hija de un armador de Burdeos, se había casado con el seductor marqués Cristóbal de la Torre, agregado a la Legación del Perú en el momento en que más necesidad tenía el apuesto aristócrata de dorar sus blasones. Se conocieron

en Pontailac durante la temporada de baños. Al invierno siguiente, la marquesa se embarcaba con rumbo al Perú, al cual aportaba, a más de su dote, su espíritu práctico, su disposición para los negocios y un talento comercial poco común, lo que le permitió emprender, con gran desesperación de su marido, aquel negocio del guano, mientras los demás se arruinaban buscando oro en un país en el que había más que en el resto del mundo, pero que en aquella época carecía de medios de comunicación. Sin embargo, el marqués, viendo que podía sacar cuanto dinero quisiera de una caja siempre repleta, perdonó a su mujer el delito de haberle hecho tan rico, y a la muerte de aquélla no manifestó excesiva sorpresa el descubrir en la hija las útiles virtudes de la madre. La dejó hacer su voluntad y le agradeció infinitamente su propósito de ocuparse de todos los asuntos serios.

—¡Y en dónde está mi querido Cristóbal?— preguntó el tío Francisco Gaspar, mientras vigilaba la descarga de su equipaje.

—No le esperaba a usted hasta mañana... ¡Ya verá usted qué recepción! ¡La Sociedad de Geografía le prepara una recepción solemne, monsieur Ozoux!...

Una vez depositada en la administración la maleta que contenía los documentos, Francisco Gaspar consintió en subir al automóvil, que tomó a toda velocidad el camino de Lima. María Teresa quería llegar antes de la noche, que tan rápidamente sobreviene en aquellos países.

No bien dejaron a su espalda la población, formada por casas de adobes (ladrillos cocidos al sol), y por alguna que otra "villa" de buena apariencia, bordearon una especie de pantano cubierto de cañas y juncos, mezclados con grupos de plátanos y de tamariscos de tonos rojizos, y con bosquecillos de eucaliptos y de pinos araucarias. El paisaje estaba abrasado por el sol, por una sequía jamás mitigada por el más ligero chubasco, por lo que el campo que rodea a Lima y al Callao, resulta medianamente seductor. Un poco más lejos vieron cabañas de bambú y barro.

Tal aridez, general en esta parte del Perú, hubiera dado a la región un aspecto de increíble desolación, si de cuando en cuando no hubiera aparecido alguna "hacienda", granja rodeada de un verde oasis, con sus arrozales y sus campos de caña de azúcar y de maíz. Por los campos angostos y arcillosos que iban a parar a la carretera, pasaban bueyes, carretas y rebaños conducidos a la granja por pastores a caballo, y esta animación formaba un contraste inesperado con la aridez que alrededor reinaba. Y el tío Francisco Gaspar, no obstante los saltos del carruaje en aquella carretera mal cuidada, tomaba notas y más notas... Pronto distinguieron, juntamente con los contrafuertes de la cordillera, los campanarios y las cúpulas que dan a Lima aspecto de ciudad musulmana.

Llegaron bordeando el Rímac, arroyo junto al cual los negros pescadores de cangrejos, caminaban inclinados, llevando atado a la cintura un saco

que sumergían en el agua, para que se conservasen vivas las víctimas que encerraba. Raimundo se puso muy contento: deliraba por los cangrejos. Al confesar su glotonería a María Teresa, le chocó el aire preocupado de la joven y la preguntó cuál era la causa de su preocupación.

—Una cosa extraordinaria—dijo—; no se ve un indio.

Pero, ya llegaban a Lima, a la famosa ciudad de los Reyes, fundada por el Conquistador. María Teresa, que amaba a Lima por lo que tenía de original, tuvo la coquetería de dar un rodeo, exponiéndose a destrozar los neumáticos del automóvil, en los puntiagudos guijos, recogidos del lecho del Rimac, para empedrar las calles. E inmediatamente se hallaron en un rincón en extremo pintoresco. Las casas desaparecían bajo las galerías de maderas adosadas a las paredes. Estas galerías parecían verdaderas cajas talladas. Adornadas con enrejados y arabescos, semejaban pequeños retretes suspendidos en el espacio, y con su aspecto coquetón y misterioso recordaban los miradores turcos. Sólo que no era raro vislumbrar, en la penumbra de aquellas galerías, los más lindos palmitos del mundo, los más seductores rostros de mujeres que no se ocultaban, ni mucho menos. La limeña tiene fama de hermosa y de coqueta. En aquellos barrios, salían envueltas en la "mantilla", ese amplio manto negro que cubre la cabeza y los hombros y que ninguna otra sudamericana sabe llevar con tanta gracia. Como el jaique de las moras, la "mantilla" oculta el

rostro dejando ver tan sólo dos enormes ojos negros. Al entreabrirse, de cuando en cuando, permitía a Raimundo admirar al paso facciones armoniosas y una tez mate que hacía más blanca la misteriosa sombra en que se envolvía. El joven no disimulaba su entusiasmo, lo que le valió una reprimenda de María Teresa.

—¡Decididamente, resultan demasiado lindas con la mantilla!—dijo—. ¡Voy a enseñarte europeas!...

E hizo dar media vuelta al automóvil, que los llevó a los barrios nuevos, a las calles anchas, a los paseos, desde los cuales se descubre el magnífico panorama del campo y de los Andes cercanos. Atravesaron el "paseo de Amancaes", que lleva el nombre de la flor color de oro, y allí, María Teresa no cesó de devolver saludos. Estaban en pleno barrio aristocrático. Allí, la negra mantilla de las limeñas había sido reemplazada por los tocados al estilo de París, porque la "mantilla", demasiado discreta, le está vedada por la noche a toda mujer "distinguida". Era la hora del paseo, del café en donde se pasa el tiempo tomando helados y charlando de amores, de trapos y de política. Llegaron cuando las primeras estrellas aparecían en el horizonte, como para un baile, sin nada a la cabeza. El gentío era inmenso y los carruajes avanzaban lentamente. Las mujeres, engalanadas y con una flor prendida en el pelo, paseaban en carretelas. Los muchachos, agrupados en torno a una fuente en el centro de la plaza, les sonreían, las saludaban...

—¡Esto es rarísimo; no se ve un indio!— murmuró María Teresa.

—¿Vienen por estos barrios?

—¡Ya lo creo; siempre vienen a ver el desfile de la Plaza Mayor.

De pie, delante de un café, peroraba un grupo de mestizos. Los nombres de García y de Veintemilla, el presidente de la República, corrían de boca en boca entre comentarios más ó menos amables. Un comerciante se lamentaba expresando el temor de que volviese la era de los "pronunciamientos".

El auto dió la vuelta a la Catedral y no tardó en aventurarse por una calle bastante estrecha. Como María Teresa viera el camino libre, puso el auto a mayor velocidad, pero de repente lo paró en firme, sin poder evitar que se desviase ligeramente. Había estado a punto de arrollar a un hombre que permanecía en medio de la calle, inmóvil, orgullosamente embozado en su poncho. Reconocieron al indio.

—¡Huáscar!—girtó la joven furiosamente.

—¡Huáscar le ruega a usted que no pase por este camino, "señorita"!

—¡El camino es de todo el mundo, Huáscar! ¡Vete!

—Huáscar no tiene nada que decir a la señorita. ¡El carruaje pasará por encima de Huáscar!...

Raimundo quiso intervenir, pero María Teresa se lo impidió con un ademán.

—Escucha, Huáscar, tu conducta es extraña—

dijo la joven—. ¿Quieres explicarme por qué no se ve un indio en la ciudad?...

—Los hermanos de Huáscar hacen lo que quieren. ¡Son hombres libres!...

La joven se encogió de hombros, pareció reflexionar, y luego, accediendo al ruego del indio, se dispuso a tomar otro camino. En el momento de alejarse, se volvió y, preocupada, dijo al indio, que no se había movido:

—¿Sigues siendo amigo mío, Huáscar?

Al oír estas palabras el indio se descubrió lentamente y levantó los ojos hacia las primeras estrellas, como si quisiera poner al cielo por testigo de que María Teresa no tenía en el mundo un amigo mejor que Huáscar. Esta fué su única respuesta.

La joven le gritó; "adiós"!, y el auto se alejó.

Se detuvo ante un magnífico hotel cuyo portero se precipitó al encuentro de María Teresa. Pero otra persona se le adelantó. Era el marqués Cristóbal de la Torre, cuyo carruaje acababa de llegar también en aquel momento. Lanzó un grito de verdadera alegría al ver a los viajeros a quienes no esperaba hasta el día siguiente. Saludó a Francisco Gaspar con palabras retumbantes, y señalándole la puerta de su hotel, le dijo:

—Apéese, señor, y descanse; aquí está usted en su casa (1).

El marqués era un hombrecillo excesivamente elegante. Se "componía" lo mismo que un mu-

(1) En castellano en el original.

chacho y no perdonaba medio que le permitiese aumentar en una pulgada su estatura, cuya exigüidad trataba de disimular calzando botas de tacones muy altos. Era vivaracho, bullicioso, una polvorilla. Cuando se movía, y era raro que permaneciese quieto, todo brillaba en él, sobre él y en torno de él; sus ojos, su llamativa corbata, sus alhajas; y cuanto le rodeaba parecía como iluminado. Este movimiento incesante no era un obstáculo para que tuviese los modales más distinguidos del mundo, ni para que pudiera conducirse como un gran señor hasta en circunstancias en que otros, para lograrlo, hubiesen tenido que echar mano de toda su serenidad, su orgullo y su severidad. Su mayor alegría, fuera de su círculo y de la geografía, era hacer diabluras con su hijo Cristóbal, niño de siete años.

Parecían dos chiquillos escapados de la escuela y escandalizaban la casa con sus juegos, en tanto que Isabelita, que iba a cumplir seis años y que era muy amiga de la "etiqueta", les reñía pomposamente con modales de infanta.

El hotel del marqués tenía la particularidad de ser semimoderno, semihistórico. Cuando menos se esperaba hallábanse en él curiosísimos rincones de caserón antiguo. Cristóbal había hecho transportar a su casa vetustos lienzos de pared de madera, galerías muchas veces centenarias, trozos de escaleras carcomidas, muebles rústicos de la época de la Reconquista, tapices descoloridos; en fin, todos los restos que había ido recogiendo piadosamente por todas las ciudades del

Perú, en que habían vivido sus antepasados, y, como es natural, a cada objeto le correspondía una anécdota, de la que nunca se libraba el visitante benévolo. En esta morada histórica, el tío Francisco Gaspar y su sobrino Raimundo, fueron presentados a dos señoras ancianas que parecían haberse desprendido de un lienzo de Velázquez y haber caído al suelo, del que ya no podían levantarse. La tía Inés y su anciana dueña Irene, vestían con arreglo a la moda de los tiempos pretéritos, y se hubiera dicho que habían sido transportadas al hotel con todas las antigüedades. Se pasaban la mayor parte del día refiriéndose cuentos para infundirse miedo. Todas las leyendas del Perú habíanse refugiado en aquel rincón, al que todas las noches, después de cenar, acudían, temblando, a escucharlas, los dos Cristóbales, padre e hijo, y la infantita Isabel, en tanto que al otro extremo de la habitación, María Teresa, a la luz de la lámpara, ponía al día su correspondencia con los encargados de sus almacenes de guano.

Francisco Gaspar experimentó una alegría inmensa al encontrar aquellas imágenes vivientes de la Nueva España en un escenario en el que sentía exaltarse más y más su imaginación. Inmediatamente se hizo amigo de las dos damas, corrió a mudarse de traje, volvió en seguida a reunirse con ellas y a la hora de comer se sentó a la mesa entre ambas. Comenzaban ya sus relatos, cuando María Teresa creyó deber hablar de cosas serias y puso a su padre al corriente de lo

ocurrido entre indios y chinos. En cuanto se enteraron de que María Teresa había despedido a los indios, Inés criticó aquel acto e Irene se lamentó. Según ellas, la joven se había conducido con mucha imprudencia, precisamente en vísperas de la fiesta del "Interaymi". El marqués fué de su opinión, y cuando supo que también Huáscar se había marchado, puso el grito en el cielo. Huáscar siempre había sido muy adicto a la casa, ¿qué había pasado para que la abandonase de una manera tan brusca? María Teresa explicó brevemente que, desde hacía algún tiempo, no le agradaban los modales de Huáscar y que se lo había dado a entender.

—Eso es otra cosa—dijo el marqués—. De todos modos, no estoy tranquilo... no veo en los indios su indiferencia acostumbrada... Hay algo en su actitud... hay algo en torno nuestro... El otro día, en la Plaza Mayor, sorprendí una conversación sospechosa entre unos mestizos y ciertos jefes quichúas.

Cómo se explica—preguntó Raimundo—que no hayamos encontrado indios desde nuestra salida del Callao y que no hayamos visto ni uno sólo en la ciudad?

—¡Ah! pues por una razón muy sencilla—exclamó Inés—; porque se acerca la fiesta. Tienen reuniones secretas. Desaparecen, ocultándose en la sierra o sencillamente en cuevas sólo de ellos conocidas, en verdaderas catacumbas como las que tenían los primeros cristianos. Basta una orden enviada desde el rincón más escondido de los Andes, para que se desvanezcan como sombras, para reaparecer luego como una nube de langosta.

—Mi hermana exagera — interrumpió el marqués,—y aquí, para entre nosotros, no son muy peligrosos...

—Pero a pesar de ello estás intranquilo, Cristóbal, tú mismo lo has dicho.

—¡Oh! los creo muy capaces de entregarse a alguna manifestación inesperada...